

La caballería, mandada por el valiente general D. Julian Juvera, dió una carga sobre el enemigo, distinguiéndose muy particularmente el regimiento de húsares, cuyo jefe era el coronel graduado D. Miguel Andrade, que vive aún, y el regimiento de coraceros á las órdenes del coronel D. Francisco Güitán. Estos dos cuerpos rebasaron las líneas enemigas y el jefe del segundo, confundido y envuelto traspasó la hacienda de Buenavista, incorporándose al ejército al cabo de algunas horas. En aquella carga pereció el comandante de escuadron D. Juan Luyando y fueron heridos el segundo ayudante D. Felipe N. Chacon, que vive aún y es general de brigada, el capellan D. Joaquin Vallejo y algunos otros oficiales pertenecientes al regimiento de húsares. Entre los coraceros se distinguieron el comandante de escuadron D. Prudencio Velazco, el

teniente D. Antonio Calva, que tuvo la gloria de quitar un estandarte al enemigo, y el alferez D. Antonio Gallardo, que cubierto de heridas acompañó á su jefe el coronel Güitán hasta donde lo permitió su estado de gravedad.

Tambien fué gravemente herido y falleció algunos dias despues en el Cedral el muy valiente capitan D. José Oronoz, ayudante de campo del general Santa Anna, que se mezcló en el impulso que hizo nuestra caballería.

Antes de seguir adelante diremos que desde el dia 22 el general Miñon recibió orden de que con la 1ª brigada de caballería, compuesta de los regimientos de cazadores, cuyo jefe era el general graduado coronel D. José María Gonzalez de Mendoza, el 2º de línea, que mandaban el coronel D. José Frontera y el teniente coronel graduado comandante de escuadron D. Domingo Soto

Mayor, y el 4º de línea al mando del general graduado coronel D. Francisco Avalos (muerto algunos años despues en la batalla de Ocotlan el 8 de Marzo de 1856), y con un total de 12 jefes, 91 oficiales y 1272 dragones, fuera á situarse en la hacienda de Buenavista, á retaguardia de los americanos, bien para cortarles la retirada, ó bien para cargar sobre ellos en el momento que atacasen el centro de su línea nuestras tropas. Desgraciadamente el general Miñon no lo hizo y el general en jefe en su parte oficial dice que por esa desobediencia no obtuvo un triunfo definitivo. Pero para que el lector pueda formarse mejor juicio respecto al general Miñon, daremos una pequeña idea de sus operaciones.

Segun el parte del comandante de las armas americanas en el Saltillo, en la tarde del 22 se apareció la caballería

Miñon en la llanura oriental á dos y media millas de la ciudad, desapareciendo á las pocas horas rumbo al paso de las Palomas. El 23 reapareció moviéndose por la falda de las montañas rumbo á Buenavista y á eso de medio dia interceptó toda comunicacion entre el campamento de Taylor en la Angostura y el Saltillo. Al acercarse el general Miñon á dicha ciudad, el capitán Webster le rompió sus fuegos con obuses de á 24, obligándolo á retroceder con algunas pérdidas y entre ellas sacó herido su caballo. Permaneció Miñon en el camino y recogió á varios dispersos norte-americanos que por allí aparecian. Cosa de las tres de la tarde se movió nuestra caballería, como para volver á la llanura, que fué su primera posicion, y como quedaba fuera del alcance de los obuses de Webster, éste mandó salir de trincheras una pieza, apoyada por una com-

pañía de voluntarios de Illinois. El teniente Shover tambien avanzó con otra pieza, y Miñon se vió obligado á retirarse violentamente, sufriendo graves pérdidas, rumbo al rancho de los Cerritos, á donde durmió la noche del 23, y á la madrugada del 24 se retiró definitivamente por el paso de las Palomas. Como se vé, el general Miñon no estuvo ocioso, pero de todas maneras no llenó la mision que habia recibido del general en jefe.

Serian las seis de la tarde del 23 cuando los americanos fueron arrojados á la bayoneta hasta el último de sus atrinchamientos en Buenavista. Nuestros soldados habian combatido desde la madrugada, sin haber tomado su rancho, y no teniendo ya alientos de combatir por estar estenuadas sus fuerzas, el general Santa Anna, en vez de esperar el siguiente día para librar una nue-

va batalla, en que á no dudar lo habria obtenido un triunfo muy glorioso, dispuso retirarse durante la noche rumbo á Agua Nueva, siendo esto de funestas consecuencias.

Nuestras pérdidas, segun el estado general publicado por el cuartel maestro del ejército, general Micheltorena, fueron: 5 jefes, 21 oficiales y 568 soldados, muertos; 16 jefes, 94 oficiales y 941 soldados heridos y contusos, y 1 jefe, 6 oficiales y 1,847 soldados dispersos.

Del ejército norte-americano murieron los coroneles Mac Kee, Hardin y Yell, el teniente coronel Clay, el capitan Lincoln y otros 24 jefes y oficiales, así como 239 individuos de tropa. Salieron heridos 456 hombres y se dispersaron 23 hombres.

Como se vé, ambos ejércitos tuvieron pérdidas muy sensibles, lo que prueba que la batalla fué reñidísima y que to-

dos combatieron con tenacidad, despreciando el peligro con un valor digno del mayor encomio. Uno de aquellos valientes nos ha manifestado que solo los que allí estuvieron, pueden formarse idea del terrible fuego que vomitaban los cañones y fusiles mexicanos y americanos.

Para concluir este largo capítulo reproducimos los justos elogios que hace de los combatientes en la Angostura, el coronel D. Ismael Piña en un discurso que pronunció el día 30 de Mayo del presente año en la sesion celebrada por la "Sociedad de defensores de la independencia en los años de 1836 á 1848," con motivo del primer aniversario de su establecimiento. Dice así el Sr. Piña:

"En la Angostura empiezan de nuevo las glorias del general D. Antonio López de Santa Anna, del vencedor de Barradas, del mutilado de los franceses

en 1838, siempre valiente, y estratégico: en la Angostura todos hicieron más de lo que estrictamente debian: Güitán y Andrade con sus regimientos de coraceros y húsares revasaron las líneas enemigas y en ese esfuerzo que los conocedores en el arte de la guerra saben lo que significa, fueron muy bien secundados por los comandantes Juan Lullando, Ignacio Peña, José Santoyo y el valiente capitan José Oronoz, todos muertos en el campo de batalla. Las columnas de infantería que mandaban los generales Franciscó Perez, Ampudia, Parrodi y Manuel M. Lombardini, hacian prodigios de valor y entre los subordinados del general Perez, habia dos jóvenes que más tarde habian de llegar á las alturas dominantes de su partido, más que por las corrientes de la simpatía, siempre voluble, por las del propio mérito: Luis Osollo y Leonardo Már-

quez. (1) Júzuelos como quiera la opinion, yo siempre veré en ellos dos valientes, dos amigos, dos hombres íntegros, dos caballeros y no tendría temor si pidiese que alguien lanzara sobre ellos la primera piedra. En esta batalla estuvo Zires, cuyo vigor no declina; José Cadena, antiguo jefe de Estado Mayor y cuya palabra, ya opaca, como la mía, porque los años todo lo cambian, tiene hoy la misma autoridad que hace cuarenta años; Alejandro Barreiro, que vé premiados sus esfuerzos de patriota en

(1) El comandante de batallón D. Lucio Trejo, que se hizo cargo del 1.º ligero al ser herido su teniente coronel D. Domingo Gayosso, en el parte oficial que rindió, además de recomendar á su jefe, dice:

“Igualmente merecen un lugar distinguido en esta recomendacion el capitán de tiradores D. Leonardo Márquez, quien se condujo en estas funciones con todo el entusiasmo y valor de un bizarro. Así como los de su clase D. Luis G. de Osollo, D. José María Olvera, teniente D. Mariano Vargas y subteniente abanderado D. Julio Taboada, que dieron ejemplos de intrepidez y heroísmo.” Nota del autor.

algo que es como una lluvia de los cielos: en su hija que sabe dar vida á las flores y á las aves muertas, en sus cuadros, como si quisiera decir á su padre que la injusticia no es eterna y que llega un día en que el Fénix se levanta de sus cenizas aunque haya caído sobre ellas, y parecido que se confundía con ellas el polvo de los siglos. En esta batalla también murieron Asoños, Berra, Antonio Landa, y muchos jefes y oficiales que no me es fácil recordar.”